

Jacobo Sucari

TECNOLOGÍAS PARA EL BIEN COMÚN

Saber colectivo y comunidad

**TECNOLOGÍAS
PARA EL BIEN COMÚN**

**Del saber colectivo
a la expansión comunitaria**

JACOBO SUCARI



**Colección
Pensamiento independiente**

Créditos

Colección Pensamiento independiente

Título original

Tecnologías para el bien común - Del saber colectivo a la expansión comunitaria

© Jacobo Sucari, 2021

© De esta edición: Pensódromo SL, 2021

Diseño de cubierta: Lalo Quintana

Editor: Henry Odell

p21@pensodromo.com

ISBN ebook: 978-84-125319-3-0

ISBN print: 978-84-124098-5-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo

Prólogo del autor

Del saber colaborativo al procomún

El algoritmo y el funcionario: cibernética y conductas normativas

La irrupción de lo orgánico en un mundo digital

Del espacio público a la ciudad como hipertexto

El virus como lenguaje: patentes, neoliberalismo e ingeniería lingüística

Referencias bibliográficas

Prólogo

Velocidad de escape

La verdad está tan oscurecida en estos tiempos y la mentira está tan establecida que, a menos que ames la verdad, no podrás reconocerla.

Pascal

El pensamiento del fin del mundo suscita necesariamente el problema del correlato del fin del pensamiento, esto es, el fin de la relación entre pensamiento y mundo

Danowski y Viveiros de Castro

Ya en los años treinta del pasado siglo, Ernst Bloch detectó que el poder disruptivo que las utopías habían poseído hasta entonces estaba experimentando una rápida disolución al ser puestas en práctica. Con ello, se cumplía ese conocido proceso de la dialéctica social por el que lo positivo llevado al extremo tiende a convertirse en negativo ineludiblemente. Bloch sustituyó la idea social de utopía por la noción más personal de esperanza que abría nuevos

horizontes a la gestión imaginaria del futuro. La utopía se presenta como una meta perfectamente delimitada que es necesario alcanzar a cualquier precio, mientras que la esperanza es un sentimiento que impulsa un proceso de superación lo suficientemente indeterminado como para que pueda ser recompuesto a cada momento. Si en el trasfondo del pensamiento utópico anidan los rescoldos de ese maquiavelismo que pretende justificar cualquier medio para alcanzar un fin, la esperanza contiene el germen del futuro pensamiento complejo de filósofos como Edgar Morin, quien promulga la necesidad de una ciencia con conciencia.

Frente al principio utópico cerrado y utilitarista, se sitúa el principio de esperanza abierto y comprensivo. Con esta sustitución que el pensamiento de Bloch posibilitaba, la temporalidad instaurada por la Ilustración se transformaba drásticamente y el concepto de futuro adquiriría perfiles inusitados, abiertos a un pensamiento especulativo que no alcanzaría su verdadera entidad hasta décadas más tarde.

Los escritos de Jacobo Sucari recogidos en el presente volumen recorren, directa o indirectamente, estos parámetros aún irresueltos. Sus planteamientos se muestran capaces de alimentar este principio de esperanza que nos permite permanecer políticamente despiertos, sin caer en el juego anquilosante de las certezas que solo conlleva la sustitución de un poder por otro. A Sucari le preocupan los factores que irrumpen irreflexivamente en el

mundo contemporáneo y lo transforman, al margen no solo de la ciudadanía, sino también del pensamiento entendido como patrimonio de la comunidad. Es en el terreno del pensamiento donde aparece de manera más fidedigna el potencial de lo que nos compete a todos, es decir, de lo nuestro como lugar de encuentro y superación tanto colectiva como individual.

Más allá de los dispositivos que nos ponen en contacto mediante procesos comunicativos mecanizados, existe una comunidad de posibilidades cognitivas. El pensamiento nos reúne íntimamente y establece las posibilidades de una comunidad que se forma y transforma desde abajo en lugar de encerrarnos desde arriba en una formación predeterminada. Es obvio que Sucari piensa más desde la forma abierta de la esperanza que desde la concepción cerrada de la utopía. Los conceptos que baraja —bien común, saber colectivo, expansión comunitaria, procomún, etc.— ponen de manifiesto esta voluntad de reflexionar sobre una realidad dinamizada por la ética y, en este sentido, se sitúa en la línea de un pensamiento verdaderamente progresista que no acepta ni la ideología ni la fatalidad de un progreso promulgado por el poder en el seno de una modernidad en franca decadencia.

Desde las antinomias de la tecnología entendida como tecnopolítica, hasta los perfiles del espacio de la ciudad considerada como hipertexto, pasando por la crucial distinción entre lo orgánico y la digital, los escritos de Sucari alimentan el principio de esperanza por medio de

una serie de fundamentadas reflexiones que no se presentan como cerradas, y por lo tanto dogmáticas, sino que a su vez promueven la reflexión en el lector. Su postura puede resumirse en una firme confianza en las posibilidades de las acciones colaborativas. El libro concluye con una incursión acertada en un fenómeno contemporáneo tan crucial como es el de la pandemia del COVID-19 que ha sacudido los fundamentos de una pretendida estabilidad mundial, pero que, al contrario de lo que muchos auguraban, no nos ha hecho avanzar, sino todo lo contrario, ya que no es necesario ser demasiado pesimista para observar que estamos retrocediendo a marchas forzadas y que lo hacemos en muchos frentes. Advierte el autor de que este capítulo no es más que un ejercicio de carácter periodístico, pero no creo que ello vaya en detrimento de su pertinencia. Por el contrario, considero que le otorga un valor añadido en un momento como el actual en que el periodismo está llegando a sus niveles más bajos.

En el presente fenómeno vírico confluyen los elementos básicos del discurso de Sucari: el poder subrepticamente instaurado como biopoder, la controvertible resistencia ciudadana, el espacio de la ciudad como escenario primordial del desarrollo de la pandemia, la digitalización del contacto orgánico, etc. Sobre todo ello, planea la incidencia de las muy diversas tecnologías en la geografía sociopolítica contemporánea y su capacidad de transformación de las subjetividades y las mentalidades.

Si no comprendo mal las propuestas de Yuk Hui, profesora de la Universidad Bauhaus de Weimar que combina la ingeniería con la filosofía, quizá sería cuestión de «otorgarle al pensamiento una tarea opuesta a la que le asignó la filosofía de la Ilustración: fragmentar el mundo según la diferencia, en vez de universalizar por medio de lo igual; inducir lo igual a través de la diferencia, en vez de deducir la diferencia a partir de lo igual. Un nuevo pensamiento histórico mundial tiene que surgir de cara al colapso del mundo»¹. La segunda dicotomía trascendental a la que en su forma más desarrollada se vienen enfrentando nuestras sociedades y la cultura en general desde hace más de un siglo es la que se refiere al pensamiento sobre la técnica, un problema que se convierte en el eje principal del libro de Sucari.

El problema de la técnica es más antiguo que el problema de la tecnología. Estas dos nociones concomitantes se acostumbran a confundir, pero vale la pena distinguirlas porque uno de los conceptos —el de la técnica— se refiere a una fenomenología básica, mientras que el otro —el de la tecnología—, a pesar de su ambigüedad léxica, puede servir para determinar una fase compleja y sistémica del mismo campo fenomenológico. Es decir, una fase avanzada del mismo sector, que resulta mucho más penetrante que la referida simplemente a lo técnico. La técnica en general está apegada al cuerpo, mientras que la tecnología implica una reconfiguración de la mente, ya que se inmiscuye en el orden simbólico. Franco «Bifo» Berardi, que ha estudiado

con acierto las transformaciones de la subjetividad contemporánea, establece una fructífera distinción entre lo conectivo y lo conjuntivo que nos ayuda a comprender estos problemas. Mientras que la *conjunción* implica una forma de comprensión empática, Berardi denomina *conexión* «al tipo de entendimiento que no está basado en una interpretación empática del sentido de los signos e intenciones que vienen de otro, sino, más bien de la conformidad y adaptación a una estructura sintáctica»². Esta separación contemporánea entre lo empático y lo funcional, entre lo conjuntivo y lo conectivo, parece ser equivalente a lo sucedido en otros momentos del cambio tecnológico. De acuerdo a Sucari, «la invención del dispositivo pianoforte hacia finales del siglo xvii marca la pauta de un nuevo carácter en la música, que a partir de entonces abandona los intervalos subjetivos de una afinación variable en la música de la época barroca, por un nuevo instrumento que define los intervalos musicales de una manera fija y estricta». Vemos cómo la introducción de un determinado dispositivo determina cambios drásticos en la concepción de un fenómeno concreto, al tiempo que asume la representación y desarrollo de un cierto discurso sobre ese campo fenoménico. Según Sucari, «para muchos historiadores de la música occidental, gran parte del trabajo de las vanguardias musicales del siglo xx, desde el dodecafonismo hasta el desarrollo de los sintetizadores electrónicos, han buscado liberar al oído y a la construcción musical de las imposiciones de la afinación de

la tecnología del pianoforte». Ahora bien, no es muy difícil darse cuenta de que la solución aportada por las vanguardias musicales del siglo xx no nos retrotrae al posible ámbito empático de la época barroca, sino, todo lo contrario: abunda en la conectividad asubjetiva y antiemocional. De ahí, la necesaria aplicación del pensamiento complejo a este tipo de contradicciones, ya que es el único método capaz de discernir la intrincada relación entre avances y retrocesos que se forman a partir de cualquier cambio, un fenómeno que, si bien podía estar ya presente en otras épocas, ahora resulta fundamental.

En el seno de la dicotomía que plantea Berardi, nos encontramos con una dificultad, o incluso con una paradoja, ya que «a lo largo de la historia de la civilización y de la tecno-evolución parece que la *sintactización* del mundo, es decir, la reducción del mundo común a la sintaxis del intercambio lingüístico, ha erosionado las huellas del entendimiento empático y, en su lugar, ha fortalecido el espacio de convenciones sintácticas»³. He aquí, pues, una chocante inversión de la lógica contemporánea que ve en el abuso de las emociones un menoscabo de la racionalidad del lenguaje, un fenómeno que sería la principal fuente de nuestros males. Visto de esta manera, la solución al problema vendría dada por las mismas dimensiones del problema. Sería, como apunta Sucari, un *pharmakon*. Pero no podemos conformarnos con esta salida dialéctica. La respuesta no se encuentra en la emocionalización de las relaciones, como tampoco se halla

en la recuperación exclusiva de la razón lingüística, el *logos*, en detrimento de las tecnologías de la imaginación que son por añadidura emocionales. Quizá sea el momento de recuperar el ensamblaje de los tres elementos que forman la retórica de Aristóteles: el *logos*, el *ethos* y el *pathos*, entendidos como la estructura móvil y cambiante de una máquina abstracta comunicativa o relacional que vehicule las relaciones sociales.

El procomún y lo colaborativo que Sucari defiende con gran efectividad, pueden tener su sede en el espacio fenomenológico de la conjunción o lo conjuntivo, ya que, según Berardi, esta disposición puede ser vista como una manera de volverse otro, o sea, «cuando las singularidades se conjuntan, cambian, se transforman en algo diferente de lo que eran anteriormente»⁴. Pero esto es así siempre que mantengamos la esencial complejidad de las nuevas disposiciones, ya que, como indica Sucari, «las diferentes perspectivas desde las que se entiende el término de procomún, de aquello colectivo, requiere de un abordaje en un ámbito transversal que incluye un punto de vista político, tecnológico, económico, ético, cognitivo, espiritual». De esta manera, llegamos a la conclusión de que en ningún caso se trata de ocupar pasivamente unos espacios, sociales o tecnológicos preexistentes, que han sido creados por el poder industrial o político, es decir, por el mismo entramado que pretendemos superar —como así sucede en una primera fase—, sino que es cuestión de promover situaciones complejamente operativas en el

corazón de lo dado. Hay que crear simbiosis con los territorios establecidos para transformarlos desde su interior y hacerlos finalmente nuestros. De esta forma, será el poder el que deberá acomodarse, si puede. No importa si la energía y los parámetros de este proceso creativo han sido suministrados por la ontología capitalista antagónica, ya que debemos tener en cuenta que se ha superado la fase mecanicista de lo real, de modo que: «lo que hace original a esta nueva etapa del capitalismo es que la base del conocimiento no pre-existe como materia, sino que tiene que ir creándose, tiene que ir gestándose en gerundio aquí y ahora, y aquellos sujetos encargados de poner en circulación estos conocimientos configuran una élite de profesionales técnico/científicos».

El problema de la tecnología no se ciñe a una cuestión del uso, positivo o negativo, de los instrumentos, sino que reside en el aprovechamiento idóneo de su potencial. Es decir, no se trata tanto de encontrar un uso distinto de los dispositivos, cuanto de usarlos de la misma manera, pero con distintas intenciones. Hay una cierta diferencia entre ambas posibilidades. Con la primera, corremos el riesgo de perder potencial y comprensión, algo que la segunda alternativa evita eficazmente. Observamos así que la crítica apocalíptica de lo tecnológico no solo resultada inadecuada y, sobre todo, inoperante, sino que conduce también a un callejón sin salida, aquel en el que acostumbra a desembocar actualmente el pensamiento *políticamente correcto* de la izquierda.

Otro de los conceptos con los que se encara el libro de Sucari es el de algoritmo, que ha penetrado de forma súbita pero profunda en el imaginario social. Nos enfrentamos, por lo menos, a dos aspectos del problema: la estandarización, por un lado, del pensamiento transformado en una serie de fórmulas simples y operativas; y la privatización de este pensamiento estandarizado. Otra de las miserias del pensamiento social contemporáneo se pone de manifiesto en la forma en que ha sido encarado el problema de la propiedad privada en el ámbito de los derechos de autor. Las soluciones a la mercantilización del conocimiento, acostumbran a definirse de forma dicotómica, es decir, dividiendo el problema en dos, lo dado y su alternativa. Pero la migración a una opción diversa deja intacto el poder y la efectividad del espacio que se abandona. De nuevo, en este caso, se plantea una insidiosa inversión de los valores originales, que no deben ser marginados, sino pensados de nuevo. La defensa de los derechos de autor, emprendida tenazmente por autores, gobiernos y agencias de gestión se efectúa desde una postura supuestamente ética y humanística que oculta una serie de intereses creados necesariamente denunciabiles. No basta, por tanto, con ofrecer alternativas, sino que es necesario mostrar que, más allá de una retórica de carácter cínico, se encuentra algo que es más grave porque se refiere a un fenómeno generalizado, a saber, la incapacidad de pensar, en el siglo XXI, problemas que provienen del XIX. En muchos sentidos, parece como si el

siglo xx no hubiera existido, pero esta impresión es errónea: ha existido pero, más allá de las catastróficas guerras y los distintos genocidios, lo ha hecho subrepticamente, ocultando las verdaderas transformaciones y, por lo tanto, hurtando a la sociedad la posibilidad de pensarlas.

Acudir, por ejemplo, a la promoción del *software* libre en el campo de la informática, deja fuera de consideración la fenomenología inherente al campo global de la creatividad. La discusión debe de ser más inclusiva, los nuevos espacios deben abrirse en el espacio existente.

Sucari nos alerta sobre los problemas de una digitalización que se contempla unidimensionalmente acompañado de la fuerza moral que suministra la idea de progreso: «quizás recién ahora, en el marco de una globalización desbordante a la que asistimos impertérritos, comenzamos a atisbar el enorme poder de los lenguajes artificiales, del algoritmo, así como de la interfaz de nuestros dispositivos técnicos y de las contricciones que la institución y las corporaciones establecen al determinar estos lenguajes en fórmulas de propiedad privada, con códigos cerrados, explotados mediante el cobro de patentes y derechos de autor». Si bien, a nivel de la operatividad industrial, los algoritmos, como lógica subyacente, y las interfaces, como campo operativo de las relaciones del usuario y el aparato, son equiparables por lo que respecta a su sujeción a códigos y estructuraciones preestablecidas, quizá valga la pena distinguir entre un lenguaje que es

básicamente reduccionista por muy eficaz y operativo que sea, y la interfaz como forma de superar esa interioridad que es a la vez racional y «oscurantista». La interfaz propone un espacio de interactividad y creatividad abierta, un lugar donde los algoritmos pueden promover y sustentar operaciones creativas en vez de las fórmulas cerradas que acostumbran a implementar en pro de una efectividad y una exactitud hipostasiadas. El concepto de interfaz nos permite reutilizar la función del algoritmo creativamente. No para confeccionar lenguajes instrumentales e incontrolables, sino para delimitar operaciones abiertas a la imaginación del usuario.

Sucari plantea el espacio de la ciudad como el lugar complejo por excelencia. Pero, precisamente por esta complejidad, la ciudad puede ser a la vez ámbito de libertad y zona de sometimiento. Sobre el espacio real, en el que se posibilitan las relaciones al tiempo que se regulan, se superpone un nuevo espacio virtual gestionado a través de Internet, a partir de lo que, según Sucari, se suscita la duda de si es «posible el anudamiento de un espacio virtual con otro presencial; qué espacios son susceptibles de cuestionar las conductas que se priorizan y cuales otros las desechan. Qué espacios son capaces de cuestionar los modelos actuales del poder, y cuáles otros siguen líneas ya regladas de comportamiento». La idea de la ciudad como hipertexto parece recuperar el impulso de los situacionistas, materializando virtualmente el juego de relaciones posibles que aquellos establecían en seno de una

ciudad siempre transformada por sus derivas. Pero el sujeto del situacionismo no es el sujeto de la ciudad actual, repartida entre los espacios urbanos físicos y espacios virtuales del nuevo «urbanismo» digital. El sujeto urbano contemporáneo se está transformando en una especie de *ciborg* formado por la amalgama fluida de lo corporal orgánico y lo virtual de una operatividad cognitiva facilitada tecnológicamente. Efectivamente, pero es necesario prestar atención a este nuevo ciudadano y su subjetividad instalada en zonas intermedias, aunque, de momento, adquiera «las maneras del consumo y casi siempre, las lógicas y el lenguaje del marketing».

Como no podía ser de otra manera, dadas las circunstancias, Sucari concluye sus reflexiones poniendo el foco en la figura del virus y su catastrófica inserción en el tejido social. Como ya he indicado antes, en el fenómeno de la epidemia del SARS-CoV-2 confluye —metafórica, alegórica y realmente— todo cuanto se plantea en este libro, lo cual indica hasta qué punto es actual su contenido. En el escenario que la pandemia ha delimitado comparecen todos los actores sin sus disfraces habituales, pero, como en el cuento de Andersen, a pesar de su impúdica exhibición, nadie se atreve a denunciar su desnudez. Sucari lo hace, por ejemplo, al plantear la cuestión crucial de los laboratorios que por todo el mundo efectúan investigaciones sobre biotecnología militar, en el ámbito más o menos declarado de los preparativos para una hipotética guerra bacteriológica. Pone el dedo en la llaga al